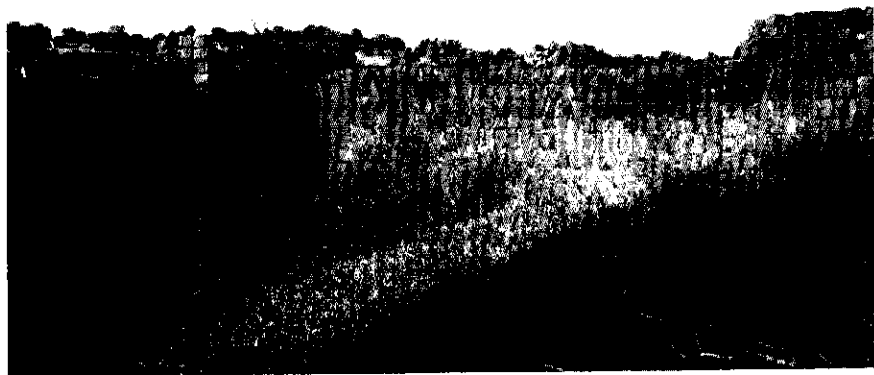


ASPECTOS DE LA VIDA COTIDIANA EN LA CIUDAD HISPANOMUSULMANA DE VASCOS A TRAVÉS DE LOS HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS

RICARDO IZQUIERDO BENITO
Numerario

En un retirado paraje de agreste belleza de rocas y encinas, en el término municipal de Navalmorelejo, en la Jara toledana, junto al río Huso, se yerguen los restos de la ciudad hispanomusulmana conocida como Vascos, que constituyen un conjunto monumental que sorprende al visitante (foto 1). Una sólida muralla protegiendo



1. Vista de la muralla en su tramo sur.

a la antigua medina, una alcazaba vigilante en lo alto de un cerro, dos cementerios extendidos por los alrededores, un arrabal artesanal extramuros junto a un arroyo, son algunos de los elementos todavía

visibles de una de las ciudades yermas, si no más grandes, sí más espectaculares de al-Andalus (foto 2).



2. Puerta sur.

Sin embargo, contra lo que pudiera pensarse a la vista de este impresionante yacimiento que tanto ha llamado la atención de los arqueólogos e historiadores que se han acercado al mismo, son muchos los interrogantes que sobre él se han cernido. En efecto, y de una manera un tanto sorprendente, las fuentes documentales islámicas apenas aportan datos acerca del momento de fundación y abandono de esta ciudad, de su función y sentido, de las gentes que la habitaron y hasta de su nombre originario. Todo lo cual ha supuesto que hayan sido muchas las hipótesis que sobre la misma se han elaborado, algunas no exentas de una cierta dosis de fantasía. Con la intención de intentar resolver algunos de estos enigmas, a la par que procurar conseguir una puesta en valor del lugar, desde hace ya algunos años venimos llevando a cabo una serie de excavaciones arqueológicas en distintos puntos del yacimiento, que son subvencionadas por la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

Los resultados de los trabajos no han despejado totalmente estos problemas -algunos de los cuales es posible que no se resuelvan nunca-, pero sí nos permiten señalar que nos encontramos ante una ciudad fundada bajo el poder de los Omeyas cordobeses -entre los siglos IX y X-, que se abandona a fines del siglo XI -posiblemente coincidiendo con la conquista cristiana de la taifa de Toledo-, que fue un importante centro metalúrgico a la par que estratégico-militar en el dispositivo fronterizo de al-Andalus y que su población debió de ser de origen bereber, tal vez perteneciente a la tribu Nafza, nombre que pudo haber llevado la ciudad, como algunos historiadores señalan.

En su emplazamiento ya existió, posiblemente de una forma continuada aunque de menor envergadura, un poblamiento desde la época del Bronce hasta la etapa visigoda, como así lo atestiguan diversos hallazgos arqueológicos. El lugar tuvo también su indiscutible interés para los musulmanes que lo eligieron nada menos que para erigir una ciudad -a pesar de la fragosa topografía que dificultaba cualquier levantamiento arquitectónico de cierta consideración- que habría de quedar en la demarcación territorial administrativa de la cercana Talavera.

No es nuestra intención dar aquí cuenta detallada de los resultados arqueológicos hasta ahora obtenidos. Para los interesados, éstos se encuentran recogidos en las correspondientes memorias publicadas (ver bibliografía). Lo que pretendemos es reconstruir, a la luz de los hallazgos proporcionados por las excavaciones, algunos aspectos de la vida cotidiana en esta ciudad, mientras estuvo habitada por musulmanes, al menos durante los siglos X y XI. Ahora no nos interesa tanto preocuparnos por el origen de su nombre o por las causas de su fundación o de su abandono. Más que de aspectos propiamente arqueológicos de difícil respuesta, lo que queremos es detenernos en aspectos más históricos, que son, en definitiva, a los que debe de orientarse la labor del arqueólogo como resultado final de

sus investigaciones. Lo que nos tiene que interesar es que allí nacieron, vivieron y murieron unos hombres y unas mujeres, que con su anónima presencia dinamizaron un lugar al que, a pesar de la sensación de soledad y de quietud que hoy presenta, dotaron de idas y venidas, de ruidos y de olores, de actividades diversas, en fin, de vida.

Reconstruir algunos aspectos de una pequeña sociedad en acción, como fue la de Vascos mientras la ciudad estuvo vigente, es lo que pretendemos. Para ello, como ya se ha señalado, nos basaremos en elementos materiales muy diversos que nos han proporcionado las excavaciones y que nos ponen en contacto con lo que fue el devenir cotidiano de aquellas gentes, cuyos cuerpos siguen allí sepultados, muy cerca de su ciudad y de las casas en que vivieron, como símbolo de vínculo y permanencia eterna con el lugar al que pertenecieron y del que conocieron los secretos que ahora nos resultan tan insondables.

El entorno doméstico

La vivienda

Las excavaciones que se han llevado a cabo en distintos lugares del interior de la ciudad han dejado al descubierto amplios espacios de su estructura urbana, con abundantes restos de construcciones,



3. Vista parcial de una de las zonas excavadas.

en su mayor parte correspondientes a viviendas (foto 3). La variedad formal de las mismas es muy diversa, aunque todas ellas, en su concepción espacial, obedecen a unos patrones de un urbanismo típica-

mente islámico. La vivienda, a la que se accede por estrechas calles, proyecta un carácter introvertido, cerrado, como consecuencia de la necesidad de conseguir la oportuna intimidad interna que mantenga al margen de miradas ajenas, sobre todo, a las mujeres que en ella vivan.

Las casas se configuran en torno a un patio que, aunque no se ubique en una posición completamente central, sí canaliza toda la vida interior de la vivienda puesto que a él se abren las distintas dependencias y a él se accede desde la calle. En unos casos directamente, en otros a través de un pasillo y en otros a través de un zaguan. La forma del patio es diversa, aunque predominan los de planta cuadrada, pudiendo también ser alargados e incluso triangulares (foto 4). Su superficie también varía, lógicamente, según la

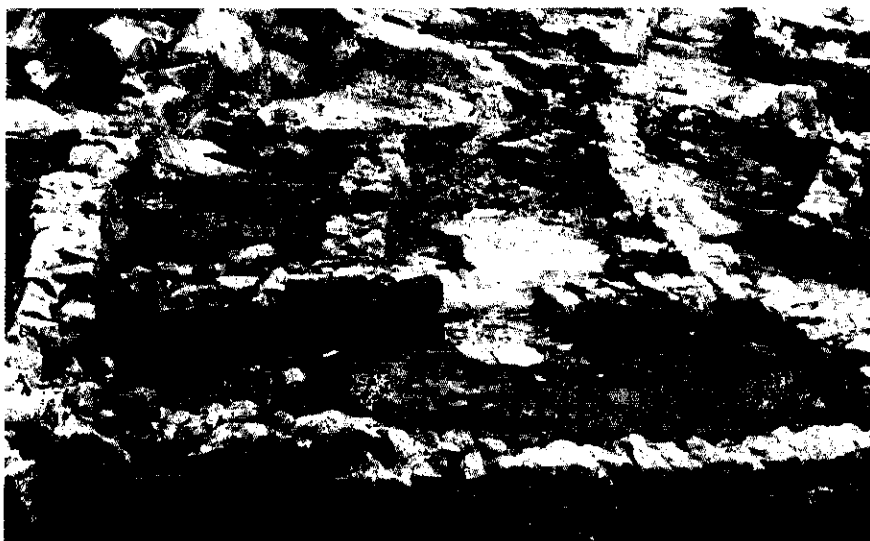


4. Vivienda con patio triangular y dos dependencias.

extensión total de la vivienda. Algunas zonas de los patios podían estar techadas por tejadillos soportados por pilares de madera.

Las distintas dependencias de cada casa, más o menos numerosas según la envergadura de ésta, se abren al patio y no se comunican entre sí, de manera que para pasar de una a otra había que hacerlo

forzosamente por el patio. De ahí la importancia de éste como elemento vertebrador de toda la vida doméstica. La forma de estas dependencias es normalmente rectangular, de superficie diversa, aunque tienden a predominar los recintos de unos 6 m de largo por 2,8 m de ancho (foto 5).



5. Vivienda con patio rectangular y dos dependencias.

En cuanto a su auténtica utilidad doméstica resulta difícil saberlo pues no todas ellas han proporcionado elementos suficientemente significativos al respecto. En aquellas que se encontraron restos de hogares cabría suponer que serían utilizadas preferentemente como cocinas y las demás como zonas de dormitorios o para usos diversos (actividades artesanales, establos, almacenes, etc.). Sin embargo, dado que algunas casas solamente están compuestas por dos dependencias -aparte del patio- es posible que no existiese una diferenciación tan marcada en cuanto a la configuración funcional del espacio doméstico, sirviendo la misma dependencia tanto como cocina -espacio para guisar y comer- como dormitorio. En ocasiones aparecen restos de hogares en distintas dependencias de una

misma vivienda, lo que parece indicar que, o bien podían existir varias zonas de cocina, o bien, lo que tal vez sería más probable, que esos restos correspondiesen a fuegos que se encenderían para calentar los espacios de dormitorio en épocas de frío.

En todos los casos conocidos, estas viviendas solamente ocupan la planta baja pues no hay indicios que nos indiquen que pudiesen existir otras dependencias en altura, a las que se accedería, evidentemente, por escaleras. Es de señalar que, siguiendo la tradición islámica, las puertas de las casas nunca se encuentran enfrente unas de otras, como una forma más de preservar la privacidad de sus vecinos.

Todas estas viviendas, al menos en las partes que se han conservado, están levantadas conforme a las mismas técnicas. Para levantar los muros no fue necesario abrir zanjas de cimentación, dada la poca profundidad -en muchas zonas incluso aflora superficialmente- en que se encuentra la roca. De ahí que se contase con un firme seguro sobre el que apoyar el edificio, cuyas paredes tendrían que adaptarse a la topografía del terreno.

En su técnica constructiva, estos muros, que tienen un espesor entre 50 y 60 cms, presentan dos partes bien diferenciadas. Una inferior, constituida por una base o zócalo, construida con un mampuesto de piedras sin labrar, formando hiladas irregulares, trabadas simplemente con barro. Entre las piedras, en ocasiones, se encajan fragmentos de tejas o ladrillos, pero sin llegar a formar auténticas hiladas muy precisas. Este zócalo, que es el que se ha conservado y el que aparece al excavar, tiene una altura variable pues depende de los desniveles de la roca, aunque difícilmente supera el metro, excepto en aquellos desniveles mas acusados. Es de señalar cómo, en ocasiones, se aprovechan in-situ grandes bloques de piedra que quedan incorporados al muro o se adosan los edificios a la roca.

Estos zócalos de piedra se recrecían con un tapial, aunque no sabemos hasta qué altura, pues no hemos encontrado elementos signifi-

cativos de referencia. Debían de ser de muy mala calidad, ya que apenas se ha conservado ningún resto in-situ, lo que refleja que tras el abandono de los edificios el proceso de degradación de los muros debió de ser muy acusado y rápido, a lo que contribuiría la poca efectividad de resistencia de la tierra con que se levantaron, por resultar excesivamente arenosa. De ahí que, para conseguir una mayor cohesión del barro, se mezclaron con éste abundantes pequeños fragmentos de cerámica intencionadamente partida, y otros materiales de desecho (huesos, escorias, etc.).

Por lo que respecta al revestimiento de los muros poco podemos señalar pues no contamos con datos suficientes. Tanto el exterior de las viviendas como el interior de las habitaciones, posiblemente estuviesen revestidos por una simple capa de barro, sin ningún otro tipo de revestimiento especial, tales como un enlucido de cal o un revoco de yeso, que a su vez podrían haber estado pintados.

Por lo que respecta a los sistemas de cubrición podemos conocer los materiales con que se construyeron, aunque no la forma de los tejados, es decir, si eran a un agua o a dos. Las techumbres se confeccionarían mediante vigas de madera colocadas transversalmente, sobre las que se extendería una cubierta vegetal -de ramas, junco o retamas- que, a su vez, se cubriría con una capa de barro, posiblemente del mismo tapial de los muros. Todo ello serviría de soporte a un tejado de tejas curvas y alargadas colocadas conforme al sistema tradicional, que serviría de eficaz protección a la vivienda frente a los rigores climáticos. Al excavar las dependencias que tenían este tipo de cubrición siempre aparece el nivel de tejas -algunas incluso completas- caídas sobre el suelo primitivo, tras el abandono de la casa y su posterior degradación. Los tejados tendrían unos salientes o aleros, tanto hacia el patio como hacia las calles, pues en ocasiones se encuentran tejas a lo largo de los muros de cada una de esas zonas. Es posible que algunas dependencias se cubriesen simplemente con una techumbre vegetal, aunque lo nor-

mal es que todas ellas lo estuviesen con teja, al menos en la mayoría de las que hemos excavado.

En cuanto a los suelos de estas viviendas parece que lo normal es que fuesen simplemente de tierra, apisonada por el uso. Estarían cubiertos, a lo sumo, por algún tipo de alfombra o estera, dada la costumbre de los musulmanes de estar siempre sentados en el suelo dentro de la casa. No ha aparecido ningún tipo de pavimentación especial, salvo un tramo de un patio que se encontraba cubierto por grandes lajas de pizarra. Los suelos de las habitaciones debían de estar contruidos con la misma clase de tapial con que se confeccionaban los muros. De manera que, cuando éstos se habían levantado, se rellenaría el interior de la habitación con el mismo barro, buscando la necesaria nivelación conforme al punto más bajo del terreno que vendría marcado por la base de la puerta.

No obstante, dadas las grandes irregularidades de la roca sobre la que se levantaban los edificios, debía de ser frecuente que, en los patios, y hasta en el interior de las propias habitaciones, aquella aflorase, en ocasiones de una manera acusada. Normalmente, en estos casos, siempre se orientaba la habitación de manera que estos resaltes de roca se mantuviesen en alguno de los laterales -donde podían tener alguna utilidad como espacios de almacenamiento- y no en la parte central donde entorpecerían el desenvolvimiento de sus habitantes.

El desnivel que se podía producir entre el patio y alguna de las dependencias se salvaba mediante algún escalón hecho con piedras.

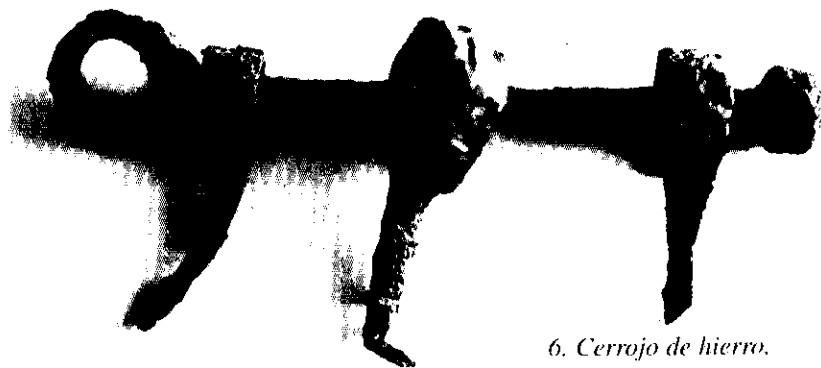
Aunque no se ha conservado ningún indicio que nos lo confirme, cabe suponer que las dependencias de estas viviendas tendrían ventanas que, según la costumbre islámica, se orientarían hacia el patio y no hacia la calle. Estas ventanas, posiblemente no muy amplias, se abrirían en la parte de tapial de los muros. Se cerrarían con contraventanas de madera a las que pertenecerían algunos de los clavos que encontramos en la excavación.

Los que sí se han conservado son los restos de la parte inferior de las puertas, es decir, los quicios. Cada una de las dependencias tenía una sola puerta, la de acceso desde el patio, ya que, como se ha señalado anteriormente, no se comunicaban entre sí, lo que hubiese supuesto la existencia de otras puertas interiores. Solamente los zaguanes presentan dos puertas: la de acceso desde la calle al interior del zaguán y la de paso de éste al patio. Las puertas de las dependencias tienen una anchura en torno a un metro, mientras que las de entrada a la casa desde la calle suelen ser algo más anchas, sobre 1,60 m.

En cuanto a su técnica constructiva, las partes de las puertas que se han conservado presentan dos variantes. Una, la más común, tiene las jambas compuestas por dos grandes bloques de granito, colocados verticalmente, del mismo ancho y de la misma altura -a veces superior- que el zócalo del muro al que se adosan. Incluso, cuando no son muy altos, se superponen dos bloques. Ello da al conjunto un aire de gran solidez, aunque el resto de la puerta, al igual que el muro, se recrecería también de tapial. La otra variante presenta esta parte inferior con jambas de piedras colocadas en un sistema de soga y tizón, un tanto irregular, trabado en el propio zócalo del muro.

En ambos casos se trata de vanos adintelados, cuya altura nos es desconocida. Se cerrarían generalmente mediante puertas de dos hojas de madera, de las que, en muchos casos, se han conservado las huellas de las quicaleras, en la roca, en piedras, o sobre lajas de pizarra que, en ocasiones, se colocaban en el umbral. A veces han aparecido algunos de los clavos de estas puertas, de cabeza ancha, que también se utilizarían con un sentido decorativo. También hemos encontrado algunos de los cerrojos con que se cerraban las puertas de las viviendas. En el exterior, cuando la casa se quedaba vacía, para garantizar una mayor seguridad se utilizaba un sistema complejo consistente en un candado con su llave, mientras que al

interior, cuando la casa estaba habitada, se podían emplear simples pasadores más sencillos (foto 6).



6. Cerrojo de hierro.

En algunas de estas viviendas se han conservado los sistemas de desagüe, utilizados para evacuación de las aguas de lluvia de los patios y, posiblemente, también de las aguas residuales. Unos consisten en simples aberturas verticales, estrechas, a modo de gateras abiertas en el muro al nivel del suelo del patio, con salida hacia la calle. En el caso de los zaguanes, éstos pueden presentar dos desagües: uno abierto del patio al zaguán y otro de éste a la calle. Otros sistemas son algo más complejos pues consisten en pequeños canchales, fabricados con piedras, a veces con el lecho de tejas para facilitar la circulación del agua. Se encuentran normalmente cubiertos, para así no entorpecer el tránsito por el patio.

El ajuar doméstico

Si hasta ahora hemos analizado la vivienda en su sentido más material, es decir, el puramente constructivo, para tener una visión lo más completa posible de estos recintos, es necesario conocer también aquellos elementos que utilizaron los que las habitaron -y que las excavaciones nos han proporcionado, aunque sea fragmentariamente-, para así reconstruir el entorno doméstico en el que éstos se desarrollaron. En unos casos se trata de elementos que

podemos considerar como fijos, vinculados al propio edificio -los que permanecieron cuando las casas se abandonaron- y, en otros, de objetos de uso diverso, manejables y transportables -los que formarían el ajuar propiamente dicho-, muchos de los cuales se llevarían sus habitantes cuando dejaron la ciudad. Sin embargo, también otros varios, en mejor o peor estado de conservación, han aparecido en las excavaciones y son los que nos permiten poder conocer aspectos diversos, no sólo de las actividades realizadas en el interior de las viviendas, sino de otras practicadas en otros puntos, tanto del interior como del exterior de la ciudad.

En cuanto al primer tipo de elementos, los más abundantes son los hogares, es decir, los lugares para encender fuego. Los más corrientes consisten en simples manchas circulares de tierra negra, endurecida por el fuego, al nivel del mismo suelo. En ocasiones, aunque no muy frecuentemente, el hogar quedaba reforzado por una base de fragmentos de tejas sobre los que se encendía el fuego. En ambos casos se trata de hogares muy sencillos, sin ningún tipo de estructura fija para la sujeción de las piezas en las que se cocinasen los alimentos. Aparte de esta función, también es muy posible que sirviesen de calefacción en las épocas de frío, por lo que se encenderían igualmente en otras dependencias no destinadas exclusivamente a cocinas.

La ubicación de estos hogares dentro de las habitaciones no es fija y pueden encontrarse tanto en las partes más interiores de las mismas como junto a la puerta, en este caso posiblemente para facilitar la salida del humo a la par que aprovechar mejor la luz diurna. Es frecuente que en una misma habitación aparezca más de un hogar sobre el mismo suelo y también hogares a distintos niveles, en este caso como consecuencia de una reconstrucción del suelo, echando simplemente sobre él una nueva capa de tierra, con lo que se tapaban los antiguos hogares, encendiendo entonces otros, a veces en zonas distintas.

Aunque este es el tipo de hogar más frecuente, también hemos encontrado otros algo más complejos, y destinados posiblemente a una función más directamente doméstica, de cocina. Suelen encontrarse en las viviendas de mayores proporciones, en las que la diversidad funcional del espacio doméstico podía estar más definida, al destinar una de las dependencias exclusivamente a la preparación de los alimentos. En éstas, al nivel del suelo, y adosada a una de las paredes, aparece una pequeña repisa hecha de piedras o de ladrillos -sobre la que se apoyarían las piezas cerámicas empleadas para cocinar-, en el centro de la cual se formaba el hogar propiamente dicho, consistente en un entrante cuadrado de tres ladrillos colocados de canto, en el que se encendería el fuego y sobre los que se colocarían las piezas al cocinar. En otros casos el hueco de los ladrillos está ocupado por un anafre fijo. En este tipo de hogares siempre existe delante de los mismos un pequeño espacio -en los que también se podía encender fuego-, bien de forma circular delimitado por un resalte de barro, o bien de forma cuadrada, hecho de ladrillos, con la parte central rehundida. Como puede deducirse, estos conjuntos, aun siendo sencillos, a diferencia de los hogares de simples manchas negras, dotan a las dependencias en las que se encuentran de un mayor sentido de cocina.

En alguna ocasión, aunque no muy frecuentemente, en el interior de algunas dependencias han aparecido pequeños pozos tallados en la roca. Suelen encontrarse en la parte central de uno de los muros cortos y su profundidad apenas sobrepasa el metro. La boca suele tener unos 50 cms. de diámetro y el interior se ensancha para así aumentar su capacidad. Puede considerarse que se trata de silos empleados para servir de depósito de granos o incluso de algún tipo de líquido, tal como agua o aceite. No obstante, aunque en su excavación no han aparecido elementos significativos acerca de su destino, no descartamos que hubiesen podido estar asociados a alguna actividad no estrictamente doméstica.

Dada la gran abundancia de resaltes de roca en el interior de las viviendas, y especialmente en los patios, era frecuente que ésta se tallase -dada la facilidad para ser trabajada por tratarse de granito-, para conseguir recipientes para agua, tales como pilas o piletas, seguramente utilizadas como abrevaderos para el ganado doméstico. En el patio de una de las casas apareció una pila tallada en un elevado resalte de roca, de forma semiesférica, con una perforación en su base para desagüe. Junto a ella se talló otra pequeña concavidad seguramente para servir de soporte a los recipientes de cerámica en los que se traería el agua para llenarla. Entre otros usos, esta pila pudo haber servido para el lavado de ropa. En otros casos las piletas, de forma rectangular, poco profundas, están talladas al nivel del suelo.

Junto a estos elementos que, como ya hemos señalado, podrían ser considerados como fijos, también nos encontramos con otros que nos ponen más directamente en relación con el ajuar doméstico. Dentro de éste, siempre se ha considerado al mobiliario -especialmente al fabricado en madera- como uno de sus componentes más importantes. Sin embargo, es muy posible que en estas viviendas de Vascos -en consonancia con un contexto doméstico islámico muy ruralizado- apenas existiesen muebles. De haber existido alguno, no se ha conservado, dado, además, que la madera se descompone muy fácilmente. No obstante, algunos hallazgos de piezas metálicas, aunque de dudosa adjudicación (herrajes de adorno, tiradores, bisagras, etc.), nos podrían estar señalando la existencia de un cierto mobiliario, sin poder precisar sus reales características y funcionalidad. Pensamos que lo más corriente habría sido colocar repisas de madera adosadas a las paredes, sobre las que se apoyarían los distintos componentes del resto del ajuar doméstico, muy sencillo como seguidamente podremos comprobar.

Este está fundamentalmente constituido por piezas de cerámica de uso cotidiano. Para la iluminación nocturna de las viviendas se

empleaban candiles, algunos de los cuales pueden presentar algún tipo de decoración vidriada. La forma de todos ellos es muy similar, teniendo un pequeño depósito para contener el aceite que se vierte por un gollete, al que se adhiere un asa para ser transportados, y una piqueta alargada en cuyo extremo ardía la mecha. Para avivar la llama se empleaban espabiladeras de bronce, con decoraciones caladas e incisas. Estos candiles, por su forma, se colocarían en superficies planas y no se colgarían.

En cuanto al resto de la cerámica, por su abundancia y variedad, cabría destacar la cerámica que podríamos denominar de cocina, es decir, aquella destinada a la preparación de alimentos al fuego. Se trata de piezas muy variadas, que se pueden englobar dentro de la genéricamente denominada «cerámica común», por no presentar apenas elementos decorativos. Se trata de anafres, ollas, tapaderas, cazuelas, platos, cuencos, coladores, platos para hacer pan, etc. (fotos 7 y 8). La mayor parte de ellas son de una calidad mediana y



7. Pequeños jarros.

8. Tapaderas.

muchas se encuentran ennegrecidas y quemadas por el uso directo sobre el fuego.

Junto a esta cerámica de cocina también se encuentra la que podríamos denominar como «de mesa», aunque la expresión puede resultar un tanto exagerada teniendo en cuenta que los musulmanes no usan mesas propiamente dichas para comer sino que lo hacen directamente sobre el suelo, sentados alrededor de las piezas que contienen los alimentos. Aunque lo normal es comerlos en los mismos recipientes en que se han cocinado, otros alimentos pueden ser

servidos en otros recipientes que, en ocasiones, pueden presentar elementos decorativos variados, elaborados con técnicas diversas propias y características de la cerámica andalusí, tales como la cuerda seca total o parcial, el verde y manganeso, el manganeso o vidriados diversos. Normalmente se trata de piezas de cierta calidad, que se podrían englobar dentro de una vajilla de «lujo», no siempre al alcance económico de todos los habitantes de la ciudad y no siempre utilizada de una manera cotidiana sino en determinadas ocasiones.

Entre estas piezas de cerámica cabría distinguir aquellas destinadas a contener alimentos (ataifores, fuentes, etc.) y aquellas destinadas a contener líquidos (jarras, jarros, redomas, botellas, etc.) (foto 9). Aunque de mayor variedad formal, el número de estas piezas es, lógicamente, menor que el de la cerámica de cocina, al no resultar su uso tan imprescindible.

Otro conjunto de piezas muy abundantes es el relacionado con el transporte y almacenamiento de agua. El aprovisionamiento de este líquido



9. Jarro recubierto por un vidriado melado.

vital, se podía conseguir del agua de lluvia -para lo que eran necesarios aljibes que no se han localizado, excepto el que se encuentra en la alcazaba- o de posibles pozos que existiesen en el interior de la ciudad o en sus proximidades. Si no, era necesario subirla del río -lo que resultaría costoso, dado el acusado desnivel del terreno- o, lo que sería más probable, del arroyo próximo que se encontraría

en parte canalizado y embalsado para que así también el agua se pudiese emplear en otros usos. Por todo ello no es sorprendente la gran cantidad de piezas encontradas relacionadas con el agua, tanto para su acarreo (cántaros), como para su posterior almacenamiento (tinajas, aunque éstas también se utilizarían para contener otros líquidos e incluso grano). Las cantimploras serían utilizadas para llevar el agua necesaria para beber por aquellos que, por su trabajo, se alejaban de la ciudad. Los alcadafes, es decir, los lebrillos o barreños, también muy abundantes, podían tener fines diversos, tanto para lavar como para la preparación de algunos alimentos (amasar pan, por ejemplo).

Las excavaciones han proporcionado asimismo otros objetos muy diversos, especialmente metálicos, tales como cuchillos de muy distinto tamaño, que bien pudieron haber formado parte también del ajuar doméstico. De otras muy diversas piezas metálicas, por su precario estado de conservación y su fragmentación, resulta imposible poder precisar su auténtica utilidad originaria.

Por su abundancia, son también de señalar los molinos de mano, consistentes en dos piedras cilíndricas superpuestas, la superior para ser girada al moler el grano. Su uso debía de ser cotidiano y muy posiblemente cada vivienda dispondría de uno de estos molinos.

A destacar también la gran cantidad de piedras de río, de formas muy variadas pero fácilmente adaptables a la mano, que se debieron de utilizar como machacadores, seguramente en la cocina para la preparación de los condimentos de algunos alimentos. Algunas de ellas presentan rehundidos laterales hechos para poder ser asidas con más facilidad.

*_*_*_*_*_*_*_*

Como se puede deducir, todo este variado material, que constituiría la base fundamental del ajuar doméstico de las viviendas de Vascos, está relacionado, en su mayor parte, con la alimentación de sus habitantes. Sobre este aspecto, las excavaciones también nos

han proporcionado toda una serie de hallazgos que nos aportan una interesante información, a la par que, asimismo, nos facilitan datos sobre determinadas actividades practicadas en la ciudad, complementarias entre sí y, orientadas, en definitiva, a que la ciudad procurase autoabastecerse de aquellas materias consideradas como imprescindibles.

Por una parte, se han encontrado una gran cantidad de huesos, de animales muy diversos (ovejas, cabras, conejos, gallinas, vacas, etc.) que nos ponen en conexión, por una parte, con la dieta alimenticia y, por otra, con una actividad ganadera, que tenía dos vertientes. Una, era la relacionada con la de los animales domésticos criados en los patios de las casas, y otra, la de los animales alimentados en los alrededores de la ciudad y, por tanto, más en relación con una auténtica actividad ganadera, que requeriría la existencia de zonas de pasto, de abrevaderos y de lugares de cobijo para los animales. Hallazgos como cencerros, herraduras, tijeras de esquila, etc., son indicativos de la práctica de esta actividad, aunque no podamos precisar el auténtico alcance numérico de la cabaña ganadera y su reparto proporcional según las distintas especies. A ella se dedicaría, evidentemente, un sector de la población, posiblemente no muy numeroso, y estaría orientada, por una parte, a proporcionar alimentos (carne, leche, etc.) y, por otra, a obtener materias primas (lana, pieles, etc.) que luego podían ser manufacturadas en la propia ciudad y generar también así una actividad artesanal complementaria, a la que se podía dedicar otra parte de la población, incluso femenina, como veremos más adelante. Unas teneñas excavadas extramuros de Vascos, nos ponen en relación con una actividad industrial destinada a la obtención de pieles y cueros.

Junto a la actividad ganadera también se practicó otra de tipo agrícola, aunque posiblemente limitada, dadas las características topográficas y edafológicas de los alrededores de la ciudad que no permiten la práctica de una agricultura de gran extensión. La pro-

ducción mayor se podía obtener en zonas más alejadas, en las vegas del Tajo, cuyas aguas podían ser aprovechadas para regar. Algunas hallazgos, como hoces, aperos de labranza, herraduras de buey -animal empleado en las labores de arado-, los molinos de mano a que hemos hecho referencia anteriormente, etc., nos ponen en conexión con esta actividad agrícola, que se basaría, fundamentalmente, en una producción de cereales, complementada con especies hortícolas, todo ello orientado, evidentemente, hacia el abastecimiento de alimentos de la ciudad.

Es de señalar también que, aunque no hayamos encontrado elementos significativos al respecto, es muy posible que la caza fuese una actividad complementaria de gran importancia en la dieta alimenticia de los habitantes de Vascos.

*_*_*_*_*_*_*_*

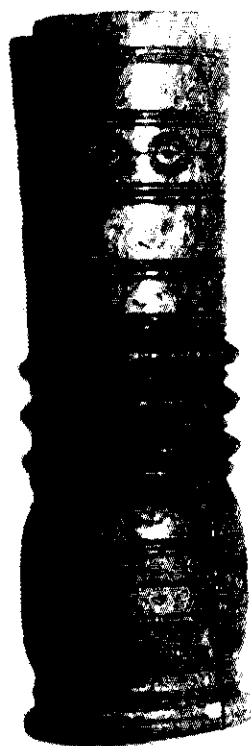
Es evidente que, aunque muchas veces pasen desapercibidos, muchos de los hallazgos que las excavaciones nos han proporcionado nos ponen en relación con las mujeres que vivieron en Vascos y del papel que, en algunos casos, pudieron haber desempeñado. Las viviendas a las que hemos hecho referencia nos ponen en conexión con un ámbito privado en el que la mujer tuvo un especial protagonismo, tratándose, además, de una sociedad islámica, en la que la casa parece convertirse en el refugio para la mujer adulta no aceptada su presencia, en igualdad de condiciones, en otros contextos de predominio masculino.

Todo el ajuar doméstico que hemos presentado, especialmente el cerámico, para que adquiriera su auténtico sentido y no quede circunscrito a una mera y fría descripción formal, aparte de señalar su funcionalidad, también hay que ponerlo en relación con el elemento femenino que era el que, en gran medida, lo adquiriría en el mercado y lo utilizaba en las faenas culinarias. Se trata, por tanto, de unas piezas que, aunque hubiesen estado fabricadas por hombres

-la actividad alfarera era eminentemente masculina- su posterior utilidad quedaba prácticamente restringida a manos femeninas.

Sin embargo, es muy posible que la actividad de las mujeres dentro del hogar no se limitase exclusivamente a esas tareas. Ellas se encargarían también, seguramente, de atender al cuidado de los animales domésticos que se criaban en muchos patios.

Pero una de las actividades en las que pudieron haber destacado las mujeres de Vascos fue la textil. En efecto, las excavaciones nos han proporcionado algunos materiales que nos ponen en relación con esta actividad, muy posiblemente de no gran volumen de producción, reducida al ámbito doméstico y por ello empleando una mano de obra exclusivamente femenina. Por una parte, han sido bastante abundantes las torres o remates de rueca de mano encontrados, elaborados en hueso torneado y labrado, con decoración incisa (foto 10). Por otra parte, también han aparecido varios *templens*, pequeñas piezas de hierro utilizadas en los telares horizontales de pedales. Todo ello parece indicarnos la existencia de una actividad textil, basada seguramente en la manufacturación de tejidos de lana, materia prima proporcionada por la actividad ganadera que se practicaba en el entorno de la ciudad, y a la que ya hemos hecho referencia anteriormente. Es muy posible que en muchas casas existiesen estos telares, destinados a un abastecimiento doméstico y no tanto comercial, y por ello cabe pensar que una gran parte del proceso productivo -hilado, tejido, etc.- estuviese ejercido por mujeres.



10. Pieza de hueso utilizada como mango de huso para hilar.

Otro aspecto relacionado con el elemento femenino es el de su ajuar personal, del cual también podemos conocer algunos detalles. Así, por ejemplo, en las excavaciones se han encontrado algunas pulseras muy sencillas, compuestas simplemente por un alambre de bronce y, a lo sumo, con alguna pequeña cuenta de hueso engarzada (foto 11). También han aparecido piezas circulares de bronce que



11. Pulseras de bronce.

se debieron de utilizar como anillos. Algunas cuentas de pasta vítrea o de hueso parecen indicarnos la existencia de collares. Igualmente, algunas agujas de hueso pueden estar en conexión con el tocado femenino.

Otro aspecto es el relacionado con la cosmética, de gran tradición en el mundo árabe. Asociado al mismo deben de estar las muy abundantes varillas y pequeñas cucharillas de bronce que han aparecido, empleadas para la aplicación de determinados productos que se guardarían en los ungüentarios de vidrio y en los pequeños recipientes de cerámica -también utilizados, posiblemente, para contener perfumes- que asimismo se han encontrado.

Todos estos elementos nos ponen en contacto con el contexto personal de las mujeres que vivieron en Vascos, y que no podemos ignorar si queremos conocer y profundizar en el ámbito social y familiar en el que éstas se desarrollaron.

La vida social en los espacios públicos

En una sociedad islámica, muchas de las actividades cotidianas, que quedan reguladas por unas prescripciones religiosas, tienen una proyección fuera del ámbito privado y se manifiestan en espacios públicos en los que la convivencia adquiere, de esta manera, algunas de sus manifestaciones más características. Tal es el caso, por ejemplo, de los baños y de las mezquitas, lugares emblemáticos e indisolubles de cualquier ciudad islámica. En Vascos hemos tenido la posibilidad -y la suerte- de poder excavar tanto unos baños como una mezquita, que suponen un aporte, consideramos que significativo, al conocimiento de este tipo de edificios. La descripción de sus restos nos puede permitir recrear algunas facetas de las actividades que en ellos se manifestaron cuando estuvieron en uso.

En todas las ciudades islámicas, por pequeñas que fuesen, existían baños, tanto públicos como privados, que seguían la tradición de los antiguos baños romanos, con las tres salas del baño frío, del templado y del caliente, amén de otras dependencias anejas. Para el musulmán, el acudir al baño (*hammam*) no solamente tenía una motivación higiénica, sino también social -al baño se podía acudir a charlar, a divertirse o a conspirar, llegado el caso- y religiosa, por el sentido de purificación ritual y de liberación que el agua podía proporcionar, ya que la ley coránica no permite a los creyentes el ejercicio de ningún acto religioso si antes no se han despojado de las manchas corporales. Por eso, era frecuente que se asistiese al baño antes de acudir a rezar a la mezquita y que también muchos baños se encontrasen próximos a las mezquitas, siempre que la disponibilidad agua lo permitiese.

Esta frecuentación constante de los baños implicaba la existencia de una legislación que regulase su uso, máxime cuando a las mujeres también les estaba permitido acudir a los mismos. Evidentemente, en momentos o días distintos que los hombres, según cómo estuviese estipulado en cada ciudad. Todo ello nos indi-

ca la importancia social que los baños tenían en las ciudades islámicas, al manifestarse en los mismos una parte importante de la convivencia ciudadana. De ahí el interés por conocer y mantener este tipo de construcciones cuando, en mejor o peor estado de conservación, han llegado a nuestros días. Es innecesario resaltar aquí la siempre sorprendente variedad arquitectónica de algunos baños árabes conservados.

Estos baños de Vascos, conocidos popularmente como el baño de la Mora, se encuentran ubicados al exterior de la ciudad, próximos a la puerta Oeste y junto al denominado arroyo de la Mora o de los Baños, de cuya agua se proveerían (foto 12). Antes de su exca-



12. Vista del conjunto del baño.

vación eran visibles dos recintos abovedados, uno de los cuales se encontraba hundido. Su sugerente denominación tradicional y las características arquitectónicas del conjunto conservado, hacían sospechar que pudiese tratarse de unos antiguos baños árabes, como así se pudo constatar tras su completa excavación. En efecto, tras la realización de los oportunos trabajos arqueológicos, quedó al

descubierto la planta de un edificio, con las típicas dependencias de este tipo de establecimientos.

El acceso a los baños propiamente dichos se efectuaba a través de un patio o de un zaguán abierto al aire libre, del que se pasaba a una habitación, cuyo suelo estaba cubierto por grandes lajas de pizarra, que serviría como vestíbulo y también como vestuario y sala de descanso (*bayt al-maslaj*). Los dos escalonamientos que se conservan alrededor de sus muros, a modo de bancos, se utilizarían por los bañistas para sentarse, tumbarse y dejar sus prendas. De este espacio, y por un estrecho pasillo, se pasaba a una pequeña habitación, cuya utilidad es difícil de precisar, aunque es posible que fuese una dependencia de reposo o para algún tipo de actividad especial.

Desde el inicio del pasillo, y por una pequeña escalera, se bajaba a la sala del baño frío (*bayt al-barid*) en la que los bañistas recibían el agua fría. Desconocemos el sistema con que lo harían, si mediante inmersión en bañeras -de las que no se ha conservado resto alguno, caso de haber existido- o echándose con cubos el agua por encima, recogida del pilón tallado en la roca que se conserva en el ángulo noreste, abastecido desde el exterior por un pequeño canalillo tallado en la roca, con lecho de tejas, que traería el agua no sabemos desde qué punto.

De esta sala, que estaba cubierta por una techumbre de tejas, se pasaba a la contigua, la del baño templado (*bayt al-wastani*), por una puerta cuyas jambas inferiores se han conservado. Se trata de una habitación estrecha y alargada, cubierta originariamente con bóveda de cañón, en la que los bañistas, por un sistema que también desconocemos pues no se ha conservado nada al respecto, recibirían el agua templada.

La sala contigua a ésta es la del baño caliente (*bayt al-sajun*) -en realidad un baño de vapor- de características constructivas similares a la anterior, también cubierta por una bóveda de cañón conservada en gran parte. Por debajo de su suelo, y para calentarlo,

existiría un hipocausto, del que no se han conservado restos, aunque es apreciable el rebaje que se efectuó en la roca. El vapor se conseguía echando agua sobre este suelo caliente. La salida de humos del hipocausto o del mismo vapor, se haría por las dos aberturas verticales que se conservan en los muros.

Contigua a esta sala, aunque sin comunicación directa con ella, se encuentra la leñera, dependencia en la que se guardaría la leña que alimentaba al horno -cuyos restos se han conservado- que servía para calentar el hipocausto. También es posible que en este horno se calentase agua en una caldera (*al-burma*) -sistema frecuente en otros baños conocidos- que luego podía ser utilizada en los baños caliente y templado.

Dentro del conjunto arquitectónico que constituyen estos baños, se pueden señalar dos partes bien diferenciadas: los dos recintos abovedados y el resto de las dependencias. Aquellos, correspondientes a las salas de los baños templado y caliente, presentan una sólida construcción, de gruesos muros de piedra, orientada al mantenimiento de temperaturas apropiadas, especialmente del calor. Están cubiertos por sendas bóvedas de cañón, encontrándose todo el interior recubierto por un enfoscado. Desconocemos el sistema de iluminación natural que tendrían, aunque muy posiblemente sería por luceros o tragaluces (*madawi*), generalmente de forma estrella-da, muy frecuentes en este tipo de dependencias.

El resto de las edificaciones tienen características arquitectónicas comunes, siendo de construcción mucho más pobre, con muros menos gruesos, de zócalo de piedra recocido con tapial, tal vez también recubiertos por un enfoscado. Estaban cubiertas con tejados de tejas curvas, idénticas a las encontradas en el interior de la ciudad.

A la vista de estos restos, cabe pensar que nos encontremos ante un ejemplo de baños públicos, ubicados en aquel lugar por la necesidad de contar con el agua del arroyo próximo. Por ello, es muy

posible que no existiesen otros baños en el interior de la ciudad, salvo que fuesen privados, aunque esto sería difícil dados los problemas de abastecimiento de agua que indudablemente habrían de tener. A pesar de lo reducido de su extensión, y dada la costumbre de los musulmanes de acudir a los baños, cabe imaginar que, si no toda, la inmensa mayor parte de la población de Vascos habría frecuentado sus dependencias, convirtiéndolas así en uno de los recintos de mayor actividad vital de toda la ciudad. ¡Cuántas cosas y secretos nos podrían contar y desvelar estos restos si pudiesen hablar!

*_*_*_*_*_*_*_*_*

El otro edificio público significativo excavado en Vascos es el correspondiente a una pequeña mezquita. Bien es sabido cómo las mezquitas son el lugar de oración colectiva para los musulmanes, a las que tienen obligación de asistir, al menos, en su día festivo semanal, el viernes. De ahí la intensa actividad social que en ellas periódicamente se solía generar, como puntos de obligada asistencia, tanto para hombres como para mujeres, aunque éstas siempre separadas. En toda ciudad solían existir varias mezquitas, dispersas por los distintos barrios, de las cuales, una de ellas, normalmente la más grande y más suntuosa -la mezquita aljama- se consideraba la principal, ubicada generalmente en una posición central. Era frecuente que en las inmediaciones de las mezquitas se concentrasen los lugares de venta, los mercados o zocos, que solían ser muy frecuentados cotidianamente y eran los puntos que dinamizaban, en gran medida, la vida de la ciudad.

Las mezquitas pueden presentar una variada tipología arquitectónica -patio, fuente o pozo para las abluciones, minarete, etc.-, pero el elemento que nunca falta es, evidentemente, la sala de oración, en cuyo muro fronterero -la *qibla*- se abre un nicho -el *mihrab*- que sirve de referencia para la orientación que el musulmán tiene que

adoptar mientras reza. Esta orientación suele ser la de La Meca -que varía según los distintos países-, aunque en el caso de las mezquitas de al-Andalus, la orientación siempre es hacia el sur.

Esta mezquita localizada en Vascos corresponde a un edificio muy sencillo, ubicado en la parte baja del cerro de la alcazaba, en una ligera prominencia rocosa del terreno, que describe una acusada pendiente de oeste a este. El lugar no era, por tanto, muy apropiado para construir, por lo que hubo que acondicionarlo previamente. La solución adoptada consistió en rebajar el terreno en las zonas más altas -rebajando incluso la propia roca- y rellenarlo en las más bajas, hasta lograr una superficie nivelada y uniforme.

Posiblemente la mezquita pertenecería a un complejo de diversas construcciones, todavía en fase de excavación, por lo que aún no podemos precisar muchos elementos de su auténtica configuración. Aparentemente se trata de un edificio, de planta cuadrada-trapezoidal, compuesto simplemente por dos salas rectangulares de parecida superficie -alrededor de 18 m² cada una-, a distinto nivel, comunicadas entre sí por una puerta interior: lo que podríamos denominar como una antesala y la sala de oración propiamente dicha (foto 13).



13. Sala de oración de la mezquita.

A la antesala, situada en la parte norte del conjunto, se accede por una puerta que parece constituir la entrada principal del edificio. No sabemos exactamente la función que pudo haber desempeñado originariamente este espacio, si fue simplemente un recinto previo de acceso a la sala de oración, o si también se utilizó como lugar de oración y, por tanto, como una segunda nave de la mezquita. Aunque se encontraba cubierta, tal vez pudo haber desempeñado las funciones de patio, ya que éste, consustancial a toda mezquita, no parece existir. Además, esta sala y la de oración se encontraban separadas por una puerta -cuya huella de la quicialera se ha conservado- que, cuando permaneciese cerrada, las comunicaba.

El vano del *mihrab* que se abre en la *qibla* de la sala principal está delimitado por dos bloques de granito que forman parte de las jambas del nicho. Al exterior, el *mihrab* está indicado por la base de un muro semicircular, que apoya en la roca, la cual ha sido tallada en la parte interior para conseguir su forma (foto 14). Es muy



14. Planta del mihrab de la mezquita al exterior.

probable que, originariamente, la planta del *mihrab*, en el exterior, fuera rectangular. Éste, en su parte alta estaría cerrado por un arco -posiblemente de herradura- y hacia el interior por una pequeña bóveda.

De acuerdo con los resultados arqueológicos, la construcción de este edificio se inició por la sala de oración, adosándose posteriormente la antesala. Al existir un desnivel entre ambas -la antesala se encuentra en un nivel sensiblemente más alto-, el acceso se realizaba mediante un escalón de piedras. Los suelos eran simplemente de tierra apisonada, y estarían cubiertos originariamente por alfombras o esteras. Sobre estos suelos se hallaron los derrumbes de las techumbres, compuestas por tejas idénticas a las utilizadas en las demás construcciones de la ciudad.

Por lo que respecta a la cronología de esta mezquita de Vascos, consideramos que debe encuadrarse en los primeros momentos de ocupación islámica del lugar, es decir, en el siglo X. Sus tosecas características constructivas -al menos en lo que se ha conservado- así parecen corroborarlo. En especial la utilización de grandes bloques de piedra, ya que sería el principal material a utilizar en las primeras construcciones, tanto por su abundancia como por su mejor aprovechamiento volumétrico, a la par que para despejar el terreno para levantar futuras edificaciones. Este modo de construir parece ser indicativo de una arquitectura, quizás poco desarrollada o de bajo nivel técnico, aunque probablemente deba ser interpretada como una manifestación de una arquitectura de carácter popular.

Dadas las pequeñas dimensiones de esta mezquita, no estamos, evidentemente, ante la mezquita aljama de la ciudad. No cabe duda de que se trata de un lugar de culto secundario, quizás asociado a un barrio específico, y tal vez fruto de una fundación piadosa. También, debido a su proximidad a la alcazaba, no se puede desear una posible relación con ésta. Otra posibilidad, que habrá que comprobar cuando se termine de excavar la zona circundante, es

que se trate de un oratorio perteneciente a un edificio más complejo como, por ejemplo, una *madrasa*, es decir, una escuela coránica para la formación religiosa de los niños.

*_*_*_*_*_*_*_*_*_*_*_*

Otro aspecto también interesante que se puede tener en cuenta a la hora de intentar reconstruir la vida cotidiana de una sociedad, es el de su actividad lúdica, es decir, el de los entretenimientos a los que podía dedicar parte de su tiempo, no solamente la población juvenil sino también la adulta, incluidas las mujeres. Aunque los juegos de azar tendían a estar prohibidos por la ley coránica -por el temor de que se apostase dinero-, lo cierto es que su práctica estaba bastante extendida. En el caso de Vascos contamos con algunos elementos que nos ponen en relación con la práctica de ciertos juegos. Entre éstos, como más significativos, destacaríamos el mancala y el alquerque, que se juegan sobre tableros, es decir, sobre soportes preparados.

El mancala es un juego muy antiguo, de múltiples variantes, consistente en varias hileras paralelas de agujeros, en los que, según la correspondiente regla, se iban depositando granos o piedrecillas con los que luego se quedaba el ganador. La mayoría de los numerosos ejemplares conservados en Vascos están todos ellos tallados en la roca y, por tanto, son fijos, aunque alguno también podía ser portátil, al tener los agujeros tallados en un ladrillo que así se podía fácilmente transportar y jugar en cualquier sitio. Es de señalar que una gran parte de estos juegos se encuentran en la alcazaba, lo que parece indicarnos que estarían en relación con una de las formas de entretenimiento que tendrían los miembros de la tropa allí establecida.

El alquerque es un juego de posición, consistente en varios cuadrados concéntricos -normalmente tres- cruzados por ejes perpendiculares. En cada uno de los puntos de intersección los jugadores van

colocando alternativamente sus fichas hasta conseguir dejarlas en línea. En Vascos se ha localizado un ejemplar fijo, tallado sobre una losa de granito en el patio de una casa, y fragmentos de otros portátiles, cuyas líneas están talladas en ladrillos o en pizarras, procedentes también de la alcazaba.

Con este juego, y posiblemente con otros, habría que relacionar la gran abundancia de piezas circulares, de muy diverso tamaño, que se han encontrado en las excavaciones, y que serían utilizadas como fichas. La mayoría están confeccionadas con fragmentos de cerámica, aunque también hay algunos de teja y de pizarra, a los que se les ha dado una forma redondeada más o menos regular.

También en Vascos hemos encontrado dos ejemplares diferentes de dados. Uno, correspondiente al modelo tradicional, está fabricado en piedra arenisca. El otro, de uso menos conocido, es una pieza alargada, de hueso, que presenta sendas incisiones circulares, en dos de sus caras, a modo de puntuación. Es significativo también señalar que ambas piezas proceden de la alcazaba.

Por último, dejar constancia de que algunos de los numerosos astrágalos de oveja encontrados -las populares tabas-, aparte de proporcionarnos información acerca de la dieta alimenticia y de una actividad ganadera, tal vez también pudiesen haber sido utilizados con una finalidad lúdica.

Conclusiones

A través de la presente exposición hemos procurado reconstruir algunos aspectos de lo que pudo haber sido la vida cotidiana en una pequeña ciudad andalusí. Para ello nos hemos valido de muy diversos elementos materiales que las excavaciones nos han proporcionado y que nos permiten recrear el contexto -tanto privado como público- en el que aquellos adquirieron su verdadero sentido. En vez de quedarnos en una simple descripción formal o cuantitativa de estos elementos -que es lo que normalmente los arqueólogos

tienden a hacer cuando llevan a cabo el análisis de los resultados de sus excavaciones- nosotros los hemos utilizado para, a partir de su aparente estatismo, procurar dinamizarlos en su auténtica funcionalidad y, de esta manera, intentar reconstruir determinadas parcelas del desenvolvimiento cotidiano de la ciudad.

Aunque Vascos posea todos los elementos estructurales característicos de una ciudad islámica -muralla, alcazaba, etc.-, contruídos, además, con un evidente sentido de aparentar un dominio y un poder, es evidente que, por todo lo que hemos señalado, se trataba de un enclave muy marcado por el entorno rural circundante. Aunque en su interior pudiesen haber tenido un cierto desarrollo actividades típicamente urbanas, como la industria o el comercio, sus habitantes parecían vivir más en un ambiente de campo que de ciudad. Así se desprende, por ejemplo, de la sencillez constructiva de sus edificios, de los ajuares domésticos que contenían las viviendas y de algunas de las actividades a las que, al menos una parte de la población, se dedicaba, como la ganadería o la agricultura. Sin embargo, estas actividades eran necesarias, tanto para procurar atender al abastecimiento alimenticio de la ciudad, como para proporcionar determinadas materias primas que luego podían ser manufacturadas y generar así una diversificación socioprofesional, más acorde con un contexto social urbano.

Aunque todavía es necesario seguir profundizando mucho más en el tema, nosotros consideramos que la principal actividad practicada en Vascos, y que sería la que, en gran medida, determinó la fundación de la ciudad, fue la metalúrgica, de obtención de metales a partir de minerales traídos de minas cercanas. Estos metales podían ser diversos -especial importancia debía de tener el hierro-, aunque no descartamos la fundición de metales preciosos que luego serían llevados a Córdoba, a través de los diversos caminos que confluían en las proximidades de Vascos.

No hay que olvidar que, para comprender su auténtico sentido, a Vascos hay que encuadrarlo, ante todo, como una fundación del poder omeya, el cual demostró tener un especial interés en levantar, precisamente en este punto, un complejo urbano que muy posiblemente encerraría una infraestructura metalúrgica, ya existente de antiguo. Así se explicaría que, en un lugar aparentemente tan inhóspito, se pudiese realizar una inversión económica considerable, como la que indudablemente supuso el levantamiento de la muralla y de la alcazaba de Vascos, con todos los problemas técnicos que comportaba -debido a lo abrupto del terreno-, lo que debió de conllevar la presencia a pie de obra del arquitecto que diseñó el trazado.

De ahí, por tanto, que toda la vida de la ciudad girase en torno a esa actividad metalúrgica -controlada desde la alcazaba- y que una buena parte de su población se dedicase a la misma, mientras que la otra parte orientaba su quehacer para que todos, en definitiva, pudiesen seguir viviendo en aquel lugar. Por todo ello, no es extraño que la vida cotidiana en la ciudad se desarrollase en un marco de aparente sencillez, en el que las diferencias económicas y, por ende, sociales, de sus habitantes no serían muy acusadas.

Esperamos que los trabajos que en el futuro podamos seguir realizando en el lugar, nos vayan proporcionando nuevos elementos de referencia para poder, si no desvelar los misterios que todavía se ciernen sobre esta yerma ciudad, sí al menos para seguir conociendo un poco mejor la forma de vivir -en el amplio sentido de la palabra- de los que en ella nos precedieron hace ya mil años.

BIBLIOGRAFIA

- COSIN CORRAL, Yolanda-GARCÍA APARICIO, Constantino: «Minería y metalurgia en Vascos (Navalmoralejo, Toledo): ¿cambio tecnológico o continuidad material?», en *Actas del IV Congreso de Arqueología Medieval Española*, III, 1994, p. 891-897.
- IZQUIERDO BENITO, Ricardo: «Excavaciones en la ciudad hispanomusulmana de Vascos (Navalmoralejo, Toledo). Campañas 1975-1978», en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 7, 1979, p. 247-392.
- ÍDEM: «Vascos, une ville berbère en Espagne?», en *Bulletin d'Archéologie Marocaine*, XIV, 1981-82, p. 331-345.
- ÍDEM: «Ciudad hispanomusulmana de Vascos (Navalmoralejo, Toledo). Campañas 1979-1980», en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 16, 1983, p. 289-380.
- ÍDEM: «La cerámica hispanomusulmana decorada de Vascos (Toledo)», en *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, IV, 1983, p. 107-115.
- ÍDEM: «Tipología de la cerámica hispanomusulmana de Vascos (Toledo)», en *Segundo Coloquio Internacional de Cerámica Medieval en el Mediterráneo Occidental*, 1986, p. 113-125.
- ÍDEM: «Los baños árabes de Vascos (Navalmoralejo, Toledo)», en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 28, 1986, p. 193-242.
- ÍDEM: «La cerámica común de Vascos. Estudio estadístico», en *Actas del II Congreso de Arqueología Medieval Española*, II, 1987, p. 711-718.
- ÍDEM: «Una ciudad de fundación musulmana: Vascos», en *Castrum* 3, 1988, p. 163-172.

- ÍDEM: «La vivienda en la ciudad hispanomusulmana de Vascos (Toledo). Estudio Arqueológico», en *La casa hispano-musulmana. Aportaciones de la Arqueología*, Granada, 1990, p. 147-162.
- ÍDEM: «Los cementerios de la ciudad hispanomusulmana de Vascos», en *Actas del III Congreso de Arqueología Medieval Española*, II, 1992, p. 391-396.
- ÍDEM: *Excavaciones en la ciudad hispanomusulmana de Vascos (Navalmorealejo, Toledo). Campañas 1983-1988*, Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 1994.
- ÍDEM: «Unas tenerías excavadas en la ciudad hispanomusulmana de Vascos (Toledo)», en *Arqueología y Territorio Medieval*, 3, 1996, p. 149-165.
- IZQUIERDO BENITO, Ricardo - PRIETO VÁZQUEZ, Germán: «Los sistemas hidráulicos de la ciudad hispanomusulmana de Vascos», en *El agua en zonas áridas: Arqueología e Historia*, I, Almería, 1989, p. 469-486.